

RESEÑAS

NATALIA SILVA PRADA, *La política de una rebelión: los indígenas frente al tumulto de 1692 en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 2007, 645 pp. ISBN 968-12-12207

¿Cómo dar cuenta del 8 de junio 1692 en la ciudad de México? ¿Fue un torbellino con aguas y colores variopintos? Sí, pero con esta metáfora no aclaramos nada de su complejidad. Podríamos sacar a luz un guión con juegos de puertas: unas, las del pósito sin granos, que se abren de par en par sobre el vacío, en la mañana. Otras, a principios de la tarde, quedan fracturadas por la chusma que busca al corregidor, pero no lo encuentra, quema su carroza y sus mulas, ofreciendo un holocausto a su ira. Otras, poco después, las del arzobispado, se entreabren, para cerrarse rápidamente: ¡que vayan a ver al virrey! Por fin, las del palacio real, estaban abiertas, desprevenidas, pero se cierran brutalmente cuando se concentra la plebe: se rehúsa todo diálogo. No queda más, ante todas esas puertas cerradas a cal y canto, que reaccionar con violencia —¿sin premeditación?—, primero con piedras, como un juego, después con el fuego purificador que las consume. Esta presentación visual de los hechos, por cinematográfica que sea, sólo pone en

escena una parte de los acontecimientos: el dialogo fallido que abre todo principio de motín, y hasta de revolución: pensamos en las esperanzas de toda una nación que acompañan la apertura de los Estados Generales en Versalles en mayo-junio de 1789, y se vienen a estrellar, aquí también, frente a unas puertas cerradas por orden del rey el 20 de junio.

Como estas tentativas metafóricas no bastan, sólo queda seguir el camino de Natalia Silva Prada, y escribir un libro de 645 paginas. Las tres horas intensas de la tarde del 8 de junio de 1692 en el centro de México no merecían menos, y tal obra era esperada. Empezó siendo una tesis en El Colegio de México: por lo tanto, tiene una fuerte articulación alrededor de una hipótesis. Contra buena parte de la historiografía antecedente, para la que el tumulto de 1692 fue básicamente responsabilidad de la plebe,¹ la autora mantiene una individuación de los diferentes grupos: “la idea de la solidaridad entre pobres puede explicar la exacerbación del tumulto, pero no el significado global” (p. 161).²

Por lo tanto, ¿cuál es “el significado global”? Hay que buscarlo en primer lugar en el momento, esa “hora de todos” que constituye el reinado de Carlos II. La debilitación del poder central ofrece al virreinal la posibilidad de adquirir más autonomía, de aparecer como el “superior gobierno”, con ansias de reformas no siempre muy atinadas: ataques del Conde de Galve contra el pulque desde su llegada (1688) — hacia 1692 había cerca de 300 lugares de venta en la ciudad y su entorno (p. 94) —, manejo muy imprudente, por

¹ En primer lugar Douglas COPE, *The Limits of Racial Domination: Plebeian Society in Colonial Mexico City, 1660-1720*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1994, 220 pp.

² Reconozco haber sido el autor de un artículo sobre el tema, con una posición intermedia, pero tal vez más cercana a la de Cope: “Mexico-Guadalajara-Tlaxcala: la semaine des pierres (8-14 juin 1692)”, en Laurence CROQ (ed.), *Le prince, la ville et le bourgeois*, París, Nolin, 2004, p. 81-107. Pecado confesado...

su parte, de la crisis frumentaria de abril-junio, 1692. Se decreta la libertad de precios cuando la escasez de granos se anuncia, contra las practicas antecedentes y tradicionales (pp. 217-218). Tocar el maíz y el pulque era doblemente enfrentar a la población indígena, no sólo en sus necesidades, sino tal vez, más todavía en su cultura política (p. 514).

Aquí reside la parte medular de la tesis que defiende la autora: todavía a finales del siglo XVII, hay en la ciudad de México una fuerte identidad del grupo indígena, incluso entre los que viven en la traza hispana (indios extravagantes). Aquí la demostración es convincente, apoyada sobre fuentes variadas. En primer lugar, demográficas (registros parroquiales, padrón de indios extravagantes de 1691): los indios de la traza representan 21.2% de la población de naturales de toda la ciudad, unos y otros comparten las mismas actividades profesionales (pp. 172-179). Sin embargo, hay que notar, como era de esperar, más movilidad, más exogamia entre los de la traza que entre los habitantes de las dos parcialidades de San Juan y Santiago de Tlatelolco. Con todo, la autora llega a concluir: “a finales del siglo XVII la población indígena urbana todavía conservaba lazos fuertes con su comunidad originaria que obstaculizarían aún una ruptura definitiva con los rasgos culturales propios” (p. 209). Es esta misma cultura propia que descubre Silva Prada entre ciertas prácticas guerreras (flechas y alaridos) de los amotinados, entre sus gritos y hasta sus danzas en la plaza: insiste en el *tocotín* que bailó un indio antes del asalto al palacio (p. 400). Por lo demás, utilizando las fuentes procesales que se encuentran en el Archivo General de Indias (Sevilla), descubre que muchos de los implicados en los disturbios mantenían lazos con las parcialidades.

Por supuesto no deja de reconocer que “la solidaridad” entre los diversos grupos fue real: hubo cerca de una cuarta parte de implicados que eran “gente de razón”, castas y hasta españoles (p. 383). Es cierto también que casi todas las mujeres arrestadas, por lo demás

matronas de cierta edad, eran indias (14 de 15) (pp. 599-601). Pero finalmente las fuentes aquí son ambiguas, hasta contradictorias algunas veces: en la tarde del 6 de junio, en los primeros empujones, el secretario del virrey vio en la alhóndiga, “tanto indios, indias, mulatos y mulatas, mestizos y mestizas”. A la inversa, en la tarde del 8 de junio, un testigo percibió “un mulato a caballo que salio de asia la puente con un arma en la mano [...], embestio contra los yndios desbaratandolos y rompiendo por entre ellos y paso asia la catedral donde lo perdio de vista”. La visión de este Santiago Mataindios mulato nos invita a interrogarnos sobre la actitud guerrera (¿?) de la élite criolla que se impuso, finalmente, cuando ya nada quedaba que quemar... Tal vez aquí seamos un poco más dubitativos que la autora.

Si volvemos a la cultura de los grupos subalternos —confieso que la terminología de “subcultura” (p. 41), aun avalada por los antropólogos, no es de mi agrado, por varias razones—, Silva Prada toma apoyo sobre los gritos y otros reclamos que se manifestaron a lo largo de esa tarde de 8 de junio (capítulo VI). Hay que reconocer que la individualidad “india” se funde necesariamente en el magma de los amotinados, salvo algunos gritos muy peculiares (alrededor del pulque, de Santiago de Tlatelolco...) Es la cultura “popular” tradicional —y en buena parte occidental, tal como la encontramos en Nápoles, Messina y París en los siglos XVI-XVII— que se expresa: hay páginas de sumo interés. Sin embargo, es posible que la capacidad de análisis de la autora exceda el contenido de los calificativos, en el instante dramático en el cual salen a la luz, sin duda, entonces muy poco intelectualizados. Por ejemplo, el de “cornudos”, que tanto se repite en contextos muy distintos (en México, en Guadalajara por las mismas fechas...): basta releer *Rinconete* y *Cortadillo* para recordar que “el clavado de cuernos”, y todas las fantasías que acarrea con él, tiene fuertes y sencillas raíces en la cultura mediterránea, con sentidos irrisorios y sexuales muy precisos (pp. 420-421).

El afán de racionalizar a toda costa la lleva también a dar una explicación demasiado rebuscada al libelo: “este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla”, tratándose de las ruinas del palacio, después del incendio (pp. 460-461): el simple arranque protonacional (y machista) parece claro aquí, y así, muy probablemente, lo percibió el público que lo leyó en la mañana del 9 de junio. En esta misma perspectiva se le escapó otra frase y circunstancia emblemáticas: uno de los supuestos “capitanes” del tumulto, el indio Joseph de los Santos, cojo de las dos piernas y tuerto, salvó a un español de la multitud diciendo “deja pasar a esse hombre que es criollo y de nuestra parte”. Con lo cual estaba muy equivocado: el testimonio de este criollo lo llevo a la horca. Efectivamente, todavía faltaba mucho recorrer para ver desaparecer la sociedad de castas o colonial.

Si hubo capitanes, ¿luego hubo organización, premeditación, complot? En el transcurso del día, algunos dirigentes se impusieron, o fueron delatados como tales por los españoles, a partir de su aura (o simple apariencia), como es el caso de Joseph de los Santos, tal “indio achinado”, o “mestizo de balcarrotas”, o con capote negro (pp. 370-377). ¿Pero cuál fue la responsabilidad exacta de los indios de Santiago de Tlatelolco? ¿El motín se venía preparando desde hacía semanas? Habiendo leído con espíritu crítico el conjunto de la documentación, Silva Prada reconoce que el misterio queda sin elucidar. Si tomamos como indicio el devenir del tumulto, que de sí mismo se disuelve al finalizar el saqueo de la plaza, quedan pocas expectativas en cuanto a un plan concertado. Por lo demás resulta extraña la gran modestia social de la élite indígena de los barrios, simples artesanos: ¿dónde está la nobleza mexica de la difunta Tenochtitlan? Aquí hay un elemento que se debe meditar y comparar: faltó un grupo dirigente indígena cómplice del poder, y tampoco había cabecillas con bastante carisma para llevar el motín a un fin concertado. Aun sin entablar un verdadero estudio comparativo, haber incluido

en el análisis lo ocurrido en Tlaxcala el 14 de junio 1692 hubiera permitido dar más relieve al estudio. Allí, la ausencia de la nobleza leal — ¡estaba en México para reafirmar su apoyo al virrey frente a los desleales mexicanos! — permitió también un desahogo brutal, esta vez de los indígenas únicamente. Alguna referencia al motín de Esquilache, en Madrid (1766), era pertinente: ahí también se habló mucho de capotes y sombreros, si no de sombreros y balcarrotas.

Como debía de esperarse, en este libro hay una selva de personajes, a menudo escondidos a medias, otras veces confundidos unos con otros, triturados por los hechos y los testimonios judiciales. Sin embargo, dos de ellos, en los dos extremos de las esferas mexicanas, merecían todavía más luz. Por un lado el franciscano fray Antonio de Escaray, que el 7 de abril de 1692 pronunció en la catedral un sermón explosivo, donde acusaba al virrey de aprovecharse de la carestía. Ezcaray es bien conocido por su rigorismo extremado: precisamente acababa de publicar un libro³ donde empezaba diciendo: “cuando es publica la culpa, publica debe de ser la reprehension”. La pregunta entonces es ¿quién dio la antorcha (el sermón) a tal incendiario? Sin duda las relaciones entre el virrey, el cabildo eclesiástico y el arzobispo quedan por esclarecer.

El otro personaje es la última víctima del motín, ese indio Joseph de los Santos, de oficio zapatero, “capitán” y por eso último ejecutado (21 de agosto de 1692) por la justicia real. Mediante sus declaraciones y testimonios de testigos, se pone de relieve una personalidad violenta, a la altura de las frustraciones de un lisiado de las piernas y tuerto. Su personalidad encontró en esa tarde un

³ *Voces del dolor, nacidas de la multitud de pecados que se cometen por los trajes profanos, afeytes, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos y en los anteriores ha introducido el infernal Dragon, Sevilla, 1691, 354 pp.*

desahogo —hasta entonces había sido en el entorno familiar que tenía ese escape, martirizando a su madre—, al mismo tiempo que ejerció un magnetismo sobre sus compañeros. Se podía un poco ahondar. Algunas veces le pertenece al historiador erigir algunos epitafios.

Y ya que de epitafios se trata, por simple descuido, la autora dejó caer un “el jesuita don Juan de Palafox y Mendoza” (p. 125), que esperamos no le haya alcanzado en su tumba al obispo. También se deberá corregir algo referente a los jesuitas y a *Corpus Christi*: si éstos están ausentes de la procesión en los años que siguen al motín, no es como castigo por su benevolencia hacia los indios (pp. 140-142), es que simplemente no tienen obligación de participar en ella.⁴

Leer este libro tomó más de tres horas, “y no hubo nada”, como diría Cervantes. Pero sí se entró más en el conocimiento de la sociedad colonial “olvidada”, a la cual pertenecían tanto Joseph de los Santos que ese “mozo español blanco y rubio pequeño de cuerpo, de mala ropa que andaba con un chuzo [...] y asistió desde el principio asta el fin del ruido”, o “un mulato el cual capitaneaba con una espada desnuda en la mano y dicho mulato es senceño blanquillo de mediana estatura, mozo muy pasudo con un capote azul sin jubon y de la cintura para arriba en camisa”: todos retratos dignos de Delacroix y su *Libertad guiando al pueblo*. Pensamos que Natalia Silva Prada estará de acuerdo si decimos que este libro les pertenece en primer lugar.

Thomas Calvo

Université de Paris X-Nanterre

El Colegio de Michoacán

⁴ En caso de reedición sería conveniente cambiar “ataúd del Santísimo” por “custodia”, p. 142.